

## OPUSCULUM SECUNDUM, O LIBRO DE LAS CUATRO VIRTUDES DE LA CARIDAD. (C,G)

El deseo de vuestra caridad nos exige el deber del discurso; pero son tantas las cosas que nos asustan y retraen nuestro ánimo que, si queremos obedecer a vuestro deseo, no será sin nuestro peligro. Pues al hablar de la caridad, no pasaré en silencio los bienes que de ella proceden y que la acompañan; pero, constreñido por la estrechez del tiempo, ¿a dónde me dirigiré primero sino a las huellas de la santa caridad misma, y le suplicaré que me conceda algo digno de decir sobre ella, para que así cumpla con mi ministerio y sacie vuestro deseo? Entre las demás virtudes de ella, que menciona el apóstol Pablo, dice que la caridad no es envidiosa, no actúa con imprudencia, no se irrita, no piensa mal; y finalmente, resume estas cuatro virtudes suyas en un breve discurso diciendo: Todo lo soporta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. Por tanto, conviene hablar a vuestra santidad de estas cuatro virtudes de la santa caridad, y deleita primero contemplar cómo, al igual que los cuatro puntos cardinales, ha poseído todo el mundo. Busquemos, si os place, ejemplos de algunos santos, aquellos que poseyeron estas virtudes, y atribuyamos a cada uno de ellos una virtud, de modo que reconozcamos que todos están en todos, ya que todo el que soporta piadosamente, cree rectamente, algo cree y espera, y quien espera soporta, para no caer sin esperanza. Pero veamos ya quiénes son aquellos cuya fe, en la medida en que seamos ayudados desde lo alto, podamos alcanzar. La virtud de la santa caridad que todo lo soporta brilló en el santo Noé; la que todo lo cree en el santo Abraham; la que todo lo espera en nuestros padres, es decir, en el pueblo de Israel, de donde el mismo Señor surgió; la que todo lo soporta, en el mismo Señor Jesucristo, que es la verdadera caridad que nunca falla. Ni vuestra caridad considere ajenos a estas virtudes a los demás santos, que por la brevedad del tiempo y por el discurso asumido han sido omitidos, pero sabed con certeza que todos están en Cristo y en todos está Cristo. Pero veamos ya cómo el santo Noé poseyó la virtud de la caridad que todo lo soporta. Tan pronto como fue advertido, se refugió en la madera y, tras la aparición de los campos amenos, se recluyó en un estrecho refugio: soporta el estruendo del cielo, el fragor desatado de las aguas y las nubes, y después de todo esto, quien solía disfrutar de la compañía de los hombres, de algún modo se convierte en compañero de serpientes y fieras, y este hombre no se asusta de que con él estén las fieras en el arca, más bien allí la ferocidad reconoce su orden, porque la humanidad se reconoce a sí misma, y obedecen al hombre que obedece al Señor superior. Se mostró en Noé lo que Adán perdió al despreciar el mandato del Señor, y se demostró que los hombres pueden dominar incluso a las bestias, si se someten a la obediencia del Creador. Este santo espera y soporta el fin del diluvio, y no se abandona el arca antes de que termine la causa de las fieras. El bueno soporta los males y, hasta que al final incluso corporalmente se separen, permaneciendo dentro de corazón, no se separa corporalmente. Si eres un alma que desea poseer la virtud de la caridad que todo lo soporta, abandona el mundo, refúgiate en la madera de la cruz; no temas las tormentas y los torbellinos de este diluvio, no te hundirás si eres llevado por la madera. Sabe gobernar quien se dignó crear: que la virtud de la caridad que todo lo soporta esté lejos, ninguna cosa te separe de la sólida fortaleza, permanece bueno y soporta a los malos; es mejor que, estando dentro, soportes a los malos por los buenos, que salir fuera y perecer, dejando a los buenos y a los malos. Si, por tanto, hay fieras contigo, es decir, si hay contigo en la Iglesia quienes enseñan mal, quienes sienten falsamente, herejes o cismáticos, o incluso los mismos malos católicos, buscando devorar almas como fieras, soporta hasta el fin del siglo como el fin del diluvio. Aunque rugen, rechinan los dientes, e intenten romper el arca misma. No temas, al final del diluvio los llevará el bosque vacío y espinoso, y te recibirá la tierra fértil. Después del fin del siglo, los impíos serán llevados a las tinieblas exteriores, allí será el llanto y el crujir de dientes, los

piadosos serán recibidos en la tierra de los vivientes. Pues el mismo santo Noé, después del fin del diluvio, ofreció sacrificio a Dios, pero de animales puros y no de impuros. Pues tanto los animales puros como los impuros pudieron entrar en el arca; pero los malos no llegaron al sacrificio de Dios. Pero ya pasemos de aquí para que podamos examinar lo demás. Que salga a la luz el santo Abraham, y nos enseñe con su ejemplo a poseer la virtud de la caridad que todo lo cree; quien no dudó en dejar a una sola llamada su patria, su asiento, su casa, su familia. Todo se abandona para obedecer al Señor que manda. Sal, dice Dios, de tu parentela y de tu casa y ven a la tierra que te mostraré. Ni pensó este santo para sí mismo y dijo, ¿A dónde iré? ¿A quién me encomendaré? ¿A qué tierra iré? Pero al oír, se levanta, corre, se apresura, acelera; no ve la tierra prometida, pero creyendo firmemente la retiene. Camina por el camino recto, ni con pasos errantes se desvió a otro lugar que no debía, porque quien lo enviaba a una tierra desconocida, él mismo, digo, quien lo enviaba, no lo abandonaba, ni lo engañó. Se le devuelve la recompensa al creyente, llega a la tierra, se expande, se multiplica, de pobre se hace rico, de ignoble poderoso, se enriquece con todos los bienes y en él se cumple lo que el Señor prometió en el Evangelio a sus discípulos diciendo: Si alguno deja casa o campo o padres por causa de mi nombre, en esta vida recibirá el ciento por uno y en el siglo futuro conseguirá la vida eterna. Se acumula aún más la recompensa de esta fe, y se le promete un hijo al anciano. Le asiste la virtud de la caridad que todo lo cree; escucha, se regocija, ama más, recibe un hijo de una esposa estéril, a quien la esterilidad y la edad ya habían privado de la esperanza de dar a luz, y en él sostiene firmemente la bendición prometida a todas las naciones; pero aún la caridad lo prueba y probado lo recomienda y muestra después cómo no prefiere nada a Dios. El Señor lo llama desde el cielo diciendo: Abraham, Abraham, y él como siervo obediente, dice: Aquí estoy, y el Señor dice: Toma a tu hijo, a quien amas, Isaac, y ve a la tierra alta, y ofrécelo en holocausto en uno de los montes que te diré. Ni siquiera con esta orden se turba o se quiebra el fiel siervo. Le asiste la virtud de la caridad que todo lo cree. Se levanta, va a casa, ensilla el asno, corta la leña, toma el cuchillo y el fuego, lleva al niño consigo y va al lugar. Ahora Isaac, atento, pregunta a su padre diciendo: Padre, y él, ¿Qué es, hijo? Y el hijo: Aquí, dice, el fuego y la leña, ¿dónde está la oveja que vas a inmolarse en holocausto? Y el padre responde: Dios proveerá para sí la oveja para el sacrificio, hijo. Veo en esto un gran y magnífico sacramento: Abraham llevaba en su corazón una cosa y prometía otra a su hijo, pero ni lo que prometía engañaba al hijo, ni alguna debilidad había cambiado su corazón de su propósito. ¿Qué más? Sigue el camino, ve el lugar desde lejos y dejando allí a sus siervos, les dice estas palabras: Quedaos aquí con el asno, yo y el niño iremos hasta allá, y cuando hayamos adorado, volveremos a vosotros. Oh santo Abraham, ¿qué es lo que dices, cuando otra cosa debes hacer con el niño? ¿Acaso te engañas a ti mismo o a los tuyos? No, dice, sino que lo que proféticamente digo o hago es la virtud de la caridad que permanece en mí, que todo lo cree y hace y dice. Pues la escucho sin ruido de voz hablando dentro de mi corazón y diciéndome: Aunque tú, creyendo que resucitará, lleves al niño con pleno y perfecto voto para ser inmolado, tu hijo no será quemado en este sacrificio, porque la resurrección está reservada para el Hijo de Dios. Con razón el apóstol Santiago, al recordar la fe de este hombre, dice: Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia y fue llamado amigo de Dios. Sabemos que la amistad la hace la unión de los ánimos. Por eso un sabio de este mundo dijo: Querer y no querer lo mismo, eso es finalmente una firme amistad. Por tanto, sabemos que la amistad la hace la unión de los ánimos: pero cómo este santo unió su ánimo a Dios, para ser llamado su amigo, es bueno saberlo. Pues así como Dios Padre no perdonó a su único Hijo, así, cuando Dios le mandó que se le inmolara el hijo que le había dado, lo ofreció con devoto corazón. Pero veamos lo que sigue; nos deleita, con la ayuda del Señor, daros un conocimiento pleno de esta historia. Después de dejar a los siervos, el padre llega con el hijo al lugar del sacrificio, establece el altar, coloca la leña, deja de lado los indicios humanos de la piedad paterna, se reviste de la

devota constancia del sacerdote, saca el cuchillo para matar al hijo. ¿Qué os parece, hermanos? Aquí no sentimos nada humano: más bien reconocemos todo divino; pero también aquel hijo que poco antes buscaba la oveja, bajo un gran silencio sentía que tales cosas se hacían en él, y se encuentra tan paciente, como si ya fuera aquel que fue llevado como oveja al matadero; y como cordero ante el que lo trasquila sin voz, así no abrió su boca. Oh tú también, santo Isaac, indícanos el gran secreto de este silencio. Poco antes no sentías que se hiciera nada en ti, y buscabas un carnero a tu padre; ahora, sin embargo, estás atado de manos, puesto sobre el altar, de algún modo suspendido en la leña, y ahora callas. Callo, dice. Dinos por qué, te ruego que lo sepamos. ¿Queréis saber, dice, por qué ahora callo? Porque llevo la figura de aquel que pone su vida por voluntad, no por necesidad. En este tan grande y místico sacramento de la fe, el santo Abraham apareció probado, y el hijo en el presente es liberado. Si eres un alma que desea seguir las huellas de la fe de nuestro padre Abraham, sal de tu tierra y de tu parentela: abandona a tu pueblo, y la casa de tu padre, es decir, renuncia fielmente al diablo, a sus pompas y a sus ángeles, y sigue el camino recto que te lleve a la tierra en la que te enriquezcas y te destaques y te hagas compañero de Abraham. Pero cuando hayas hecho todo esto, si la virtud de la caridad que todo lo cree está en ti, aún te probará y coronará probado, te pedirá el sacrificio de tu amado. ¿Qué te pide? Lo que se le dijo a Abraham: Dame a tu unigénito amado. La sabiduría te dice: Dame, hijo, tu corazón, él es el amado único; ¿qué temes ofrecer tu corazón? Ofrece el sacrificio de la contrición del corazón al Señor tu Dios, y di con el profeta: No te deleitarás en holocaustos. El sacrificio a Dios es un espíritu contrito, un corazón contrito y humillado, Dios, no lo despreciarás. No temas, al ofrecer tal sacrificio, y será acepto para ti, y lo que ofrezcas permanecerá íntegro. Ahora nos place examinar otra virtud de la caridad que todo lo espera, que antes hemos asignado al pueblo de Israel y a nuestros padres. Pues la voz de esta virtud está en aquel verso profético: En ti esperaron nuestros padres, esperaron y los liberaste. Y ellos son mandados a huir de Egipto, se les promete una tierra que fluye leche y miel, pasan por el Mar Rojo, llegan al desierto, los guiaba la esperanza de la caridad para que aprendieran a amar a Dios gratuitamente. Se les devuelve la recompensa de la fe; pues no puede no devolver quien se digna hacerse deudor. Después del desierto, fluyeron mieles de la roca; comieron el pan del cielo; no fueron privados de su deseo que esperaron, también recibieron la tierra de la promesa. Levántese el alma que está comprendida por esta virtud de la caridad: huya de Egipto, es decir, del deseo de este siglo, vaya al Mar Rojo, es decir, al bautismo de Cristo; rojo porque está purificado por la sangre de Cristo. Persigan los enemigos, es decir, los pecados con su autor el diablo, como desde Egipto con su rey Faraón, que se enfurezcan, que persigan a los que huyen, ¿qué temes? Hasta el agua se enfurecerán; tú entrarás, ellos también entrarán después de ti, pero el agua vuelta atrás será para ellos en perdición, para ti servirá para salvación. Los cubrirá, te lavará, los condenará, te liberará. Después de esto recibirás miel de la roca para saciar tu hambre y sed; pues la Roca era Cristo, de cuyos preceptos como de fuentes de dulzura te saciarás, también gustarás el pan, aquel que dice: Yo soy el pan vivo que descendió del cielo. Gustarás y verás cuán dulce es el Señor, y si en ti resplandece la virtud de la caridad que todo lo espera, es necesario que pases por el desierto, es decir, uses este mundo como no usándolo, y en esta vida te reconozcas como peregrino, si deseas entrar en la tierra de la promesa; esta tierra es de la que el profeta canta y dice: Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes. Resta la última virtud de la caridad que todo lo soporta, y nunca falla. Sabemos que esta conviene a nuestra cabeza, el Señor Jesucristo, y por eso se pone al final, porque el fin de la ley es Cristo. Pero cuántas cosas soportó él por nosotros creo que vuestra caridad no puede ignorar. Sin embargo, diré algo de ello, si de tanto algo digno digo. Primero aquello que Dios hombre, que el Verbo se hizo carne, que hizo muchos bienes, y sufrió males, que resucitó muertos, y murió; que con aquella singular paciencia soportó al tentador diabólico, al discípulo traidor, que a Judas mismo antes de ser traidor lo soportó

ladrón, y antes de la experiencia de las cadenas, la cruz, y la muerte, no negó a sus labios engañosos el beso de paz. Pero en la misma muerte, ¿cuántas cosas soportó? Soportó las llamas del odio, las lenguas ministras de un corazón perverso. Clamaron los judíos, ¡Crucifícalo, crucifícalo!, y para que los judíos quedaran como culpables, el Hijo de Dios inocente fue crucificado por ellos; es llevado a la cruz, es despojado quien es la palma de la victoria, es coronado de espinas quien vino a romper las espinas de nuestros pecados; es atado quien libera a los encadenados; es colgado en el madero quien levanta a los caídos; se le da a beber vinagre al manantial de vida, la disciplina es golpeada, la salvación es herida, la vida muere, la vida es muerta por un tiempo para que en perpetuidad la muerte sea muerta por la vida. ¿Qué hicieron aquí los judíos en esta muerte de Cristo? Se regocijaron como vencedores, y mientras temían perder un reino terrenal y caduco, no dudaron en matar al rey del cielo y de la tierra. Pero no fueron vencedores como pensaron. Pues si vencieron, ¿cómo perdieron el reino? ¿Cómo hasta ahora han permanecido como siervos? Esta es la causa por la que Cristo fue muerto por ellos. Pues dijeron entre sí los príncipes de los judíos, como narra el evangelista: Ved, dicen, que todo el mundo va tras él; si lo dejamos vivir, vendrán los romanos y nos quitarán el lugar y el reino; y mataron a Cristo, y perdieron el lugar y el reino. ¿Qué os aprovechó, oh insensatos judíos, que cometisteis tan gran crimen? ¿Acaso porque no quisisteis servir a Cristo el Señor, como convenía, os habéis hecho malos siervos de los buenos siervos de Cristo? Por ellos quebranta vuestra contumacia, por ellos disipa vuestros consejos, por ellos atribuye los crímenes sobre vuestras cabezas. Pero el mismo Señor a quien matasteis no quería que fuerais siervos, sino libres cuando decía: Si el Hijo os libera, entonces seréis verdaderamente libres; pero vosotros a Dios y Señor rey, y a la misma verdadera libertad no solo la rechazasteis, sino que deseando negarla clamasteis: No tenemos rey, sino a César. Pero ni siquiera en esto os gloriéis de que matasteis a Cristo, se ha hecho de vosotros más bien y no lo sabéis. Escuchad al mismo Señor diciendo por el profeta: Yo dormí y tomé sueño, llamando sueño a la muerte infligida por vosotros. Sin embargo, ¿qué muerte pudo ser de tres días, especialmente de aquel que por el mismo profeta en otro lugar dice: ¿Acaso quien duerme no añadirá para resucitar? Yo, dice, dormí, yo que tengo poder para poner mi alma, yo dormí, no porque os ensañasteis, no porque os enloquecisteis; yo cumplí lo que quise, vosotros permanecisteis en el crimen. ¿Quién exige tanto de nuestro Dios, hermanos, por nuestra redención y salvación, sino la caridad que nunca falla? Oh caridad que tienes grandes fuerzas, y depones a Dios del cielo; oh querida salud, oh santa y verdadera caridad que eres tan grande en la tierra, ¡cuánto serás en el cielo! ¿Qué tanto puedes en esta lucha de mortalidad aún preocupada, cuánto podrás en aquella perfecta paz segura? Despierta, pues, toda alma cristiana, y si en ti resplandece la virtud de la caridad que todo lo soporta, imita las huellas de tu Señor. Pues Cristo, dice el apóstol Pedro, sufrió por vosotros dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas: y si él por ti descendió de la sede celestial a las terrenas, tú por ti huye de las terrenas, aspira a las celestiales. Si el mundo es dulce, más dulce es Cristo; si el mundo es amargo, por ti todo lo soportó Cristo. Él mismo salvador se hizo camino para ti, levántate, camina, tienes a dónde; no te vuelvas perezoso; pero tal vez preguntas ¿a dónde? ¿Ves el camino y preguntas a dónde lleva este mismo camino? A la verdad y a la vida. Si amas la verdad, si amas la vida, y deseas llegar a la verdad y a la vida, no te desvíes del camino. Veo, dices, el camino y deseo caminar; pero es amargo: Pues estrecho y angosto es el camino que lleva a la vida; ¿Cristo pasó, y aún es áspero? Pasaron ancianos, pasaron jóvenes, pasaron doncellas que hicieron el camino que temes y temes trillado para ti. Camina, pues, el camino seguro: camina, ¿qué temes en este camino? ¿La muerte? ¿y temes la muerte que corres hacia la vida? Eres bueno; bien corres en esta vida. La muerte es para ti la puerta que te presenta no que te quita la vida.

Ambula, pues, por el camino, más aún, que aquel que se hizo camino por ti mismo te guíe por él; porque él es el camino, la verdad y la vida. Di entonces tú, oh alma fiel y piadosa, di con seguridad, di y con el profeta exclama verdaderamente: Guíame, Señor, por tu camino, y caminaré en tu verdad: entonces llegaré a ti con seguridad, si hasta el final no abandono tu gracia. Estas cosas, hermanos amadísimos, que han sido dichas por el Señor de la misma caridad a vuestra santidad, permanezcan así en vuestros sentidos y corazones, para que esa misma caridad encuentre en vosotros el fruto de la obra, no las hojas de la alabanza.